

33 *Porque el pan de Dios es aquel que desciende del cielo y da la vida al mundo.*

34 *Ellos le dijeron: “Señor, danos siempre de ese pan”.*

35 *Jesús les respondió: Yo soy el pan de vida; quien viene a Mí, no tendrá más hambre, y quien cree en Mí, nunca más tendrá sed.*

36 *Pero Yo os digo que me habéis visto y sin embargo no creéis.*

37 *Todo lo que me da el Padre vendrá a Mí, y al que venga a Mí, no le arrojaré fuera,*

38 *Porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió...*

41 *Entonces los judíos se pusieron a murmurar contra El, porque había dicho: “Yo soy el pan que bajó del cielo”.*

42 *Y decían: “¿No es éste Jesús el hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? ¿Cómo, pues, dice ahora: Yo he bajado del cielo?”*

43 *Jesús les respondió y les dijo: “No murmuréis entre vosotros.*

44 *Nadie puede venir a Mí si el Padre que me envió no le trajere, y Yo le resucitaré en el último día...*

48 *Yo soy el pan de vida.*

49 *Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron.*

50 *Este es el pan bajado del cielo, para que quien lo coma no muera.*

51 *Yo soy el pan vivo, el que bajó del cielo. Quien coma de este pan, vivirá para siempre; y el pan que Yo le daré es mi carne, para la vida del mundo.*

52 *Comenzaron entonces a discutir los judíos entre ellos y a decir: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?*

53 *Entonces Jesús les dijo: “En verdad, en verdad os digo, si no comierais la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros.*

54 *El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y Yo lo resucitaré en el último día,*

55 *Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre verdadera bebida.*

56 *El que come mi carne y bebe mi sangre, mora en Mí y Yo en él.*

57 *Así como me envió el Padre viviente, y Yo vivo por el Padre, también aquel que me coma, vivirá por Mí.*

58 *Este es el pan que bajó del cielo, no como aquel que comieron vuestros padres y murieron; el que come de este pan, vivirá para siempre”.*

59 *Esto dijo estando en la sinagoga de Cafarnaúm.*

60 *Muchos de sus discípulos al oírlo dijeron: Dura es esta doctrina ¿quién puede escucharla?...*

66 *Y desde aquel momento muchos de sus discípulos se volvieron a atrás y dejaron de estar con El.*

67 *Entonces Jesús dijo a los Doce: “También vosotros queréis irós?”*

68 *Simón Pedro le respondió: “Señor y ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna.*

69 *Y nosotros hemos creído y sabemos que Tú eres el Santo de Dios.*

Los que oyeron a Jesús todo este discurso, y creían que El era un simple hombre, no pudieron comprenderlo, y por eso decían: “¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? ¡Imposible! ¡No puede ser! ¿Quién puede creerlo? (Jn 6,52 y 60). Y desde aquel momento, muchos de sus discípulos se volvieron atrás y dejaron de seguirle” (Ibid 66).

Y solamente quedaron con El todos aquellos que *habían creído y sabían que El era el Santo de Dios* (Ibid 69).

¿Qué quiere decir “el Santo de Dios”?

El nombre de “Santo” propiamente corresponde a Dios: *Cuyo nombre es Santo* (Lc 1,49) *El que nacerá será Santo, será llamado Hijo de Dios* (Lc 1,35). *Esto dice el Santo el verdadero* (Ap 3,6). *Sólo Tú eres Santo* (Ap 15,4). Por eso dice Isaías que los serafines, postados ante el trono de Dios, *cantan a coro, diciendo: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos, llena está toda la tierra de su gloria* (Is 6,3) (Ap 4,8). Y según algunos de los Santos Padre, los ángeles repiten por tres veces la palabra “Santo”, en honor de las tres divinas personas de la Santísima Trinidad.

Hoy, como en tiempos de Jesucristo, hay muchos que se apartan de la fe de la Iglesia, y no creen que Jesucristo esté en la Eucaristía, porque no creen que Jesucristo es Dios. Si Cristo fuera un simple hombre, es claro que no podría estar en la Eucaristía. ¿Cómo un hombre iba a poder hacer que desaparecieran el vino y el pan y ponerse él en su lugar, sin que nosotros dejásemos de ver el vino y el pan, al que podemos tocar y comer, y seguir sintiendo el sabor del vino y del pan? ¿Y cómo iba a poder estar al mismo tiempo en todos los millones de sagrarios que hay en el mundo, y aparecer repentinamente en todos los lugares donde se celebra la Misa, en el instante que cada sacerdote pronuncie las palabras de la consagración? Todo esto sería imposible para cualquier hombre. Pero si no se trata de un hombre; si el que lo dice es Dios, ya no hay ninguna dificultad, porque *para Dios todo es posible* (Mt 19,26).

La institución de la Eucaristía.

Como hemos visto al transcribir parte del capítulo seis del Evangelio de San Juan, Jesucristo ya con anterioridad les había prometido que les daría a comer su cuerpo y a beber su sangre. Los Apóstoles no sabían cómo ni cuándo lo haría; pero aquella noche de la cena pascual, la que solamente Jesús sabía que sería la última que celebrarían juntos, los sorprendió dándoles lo que les había prometido. Y tal como nos lo refieren San Pablo y los tres sinópticos, (Mt 26,26-28; Mc 14,22-25; Lc 22,19-20; 1 Cor 11,23-26), en resumen, sucedió así:

Cuando estaban comiendo, tomó Jesús el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio a sus discípulos, diciendo: Tomad y comed: ESTO ES MI CUERPO. Tomando después un cáliz, dio gracias y se lo dio, diciendo: Bebed todos de él, porque ESTA ES MI SANGRE del Testamento, que será derramada por muchos para remisión de los pecados.

Este texto es el de San Mateo; pero los otros tres, en sustancia, vienen a decir lo mismo. Las palabras clave, que ponemos en mayúsculas, están en todos.

Y una vez que les dio su cuerpo y su sangre, les ordenó: “*Haced ésto en memoria mía*” (Lc 22,19;1 Cor 11,24-25), cuyas palabras entendieron los apóstoles, que ellos mismos y los que le sucedieran, deberían celebrar aquel misterio en memoria y en nombre de Jesús. Por eso los primeros cristianos, como nos dice San Pablo, se reunían en las casas para celebrar la Cena del Señor (1 Cor 10,16-21).

Los cristianos del siglo primero y los del siglo segundo, nos hablan en sus escritos de cómo en aquellos tiempos se celebraba la Misa. Pueden verse muchos detalles en la obra de la BAC: *Textos Eucarísticos Primitivos*. Aquí solamente citaremos algunos por vía de ejemplo:

La Didaché (s. I) “Que nadie coma ni beba de nuestra Eucaristía, sino los bautizados en el nombre del Señor, pues acerca de esto, dijo el Señor: “*No deis lo Santo a los perros*” (Didaché 9,5).

San Ignacio de Antioquía (s. I): “No siento placer por la comida corruptible, ni me atraen los deleites de esta vida. El Pan de Dios quiero, que es la carne de Jesucristo, del linaje de David; su sangre quiero por bebida, que es amor incorruptible” (Ep Rm 7,3).

“De la Eucaristía y de la oración se apartan (los docetas), porque no creen que la Eucaristía es la carne de nuestro Salvador Jesucristo, la misma que padeció por nuestros pecados, la misma que, por su bondad, la resucitó el Padre” (Ep Esmir 7,1).

“Por lo tanto, poner empeño en reuniros con más frecuencia para celebrar la Eucaristía de Dios y tributarle gloria” (Ep Ef 13,1).

San Justino mártir (s. II): “Este alimento se llama entre nosotros Eucaristía; del cual a ninguno otro le es lícito participar, sino al que cree que nuestra doctrina es verdadera, y que ha sido purificado con el bautismo para el perdón de los pecados y para regeneración, y que vive como Cristo enseñó.

“Porque estas cosas no las tomamos como pan ordinario, ni bebida ordinaria, sino que así como por el Verbo de Dios, habiéndose encarnado Jesucristo nuestro Salvador, tuvo carne

y sangre para nuestra salvación, así también se nos ha enseñado que el alimento eucaristizado mediante la palabra de oración procedente de El, es la carne y sangre de aquel Jesús que se encarnó.

“Pues los Apóstoles, en los comentarios por ellos compuestos, llamados Evangelios, nos transmitieron que así les había sido mandado: que Jesús, habiendo tomado el pan y dado gracias, dijo: *“Haced esto en memoria mía; ésto es mi cuerpo”*. Y que habiendo tomado del mismo modo el cáliz y dando gracias, dijo: *“Esta es mi sangre”*.”

“El día que se llama del sol (domingo), se celebra una reunión de todos los que viven en las ciudades y en los campos, y allí se leen, en cuanto el tiempo lo permite, los *Recuerdos de los Apóstoles* o los Escritos de los profetas. Luego, cuando termina el lector, el presidente, de palabra hace una exhortación e invitación a que imitemos estos bellos ejemplos. Seguidamente nos levantamos todos a una y elevamos nuestras preces. Y éstas terminadas, como ya dijimos, se ofrece pan y vino con agua, y el presidente, según sus fuerzas hace igualmente subir a Dios sus preces y acciones de gracias, y todo el pueblo exclama, diciendo “*amén*”. A continuación se hace la distribución y participación de cada uno de los alimentos consagrados por la acción de gracias, y se procede a enviarlo a los ausentes por medio de los diáconos”. (San Just. Apologías 1,66-67).

San Ireneo Obispo de Lyon (s. II): “También dando a sus discípulos el consejo de que ofrecieran a Dios las primicias de las cosas creadas, no como a un necesitado, sino para que ellos mismos no aparecieran estériles ni ingratos, cogió en sus manos el pan que proviene de la creación, y dando gracias, dijo: *“Esto es mi cuerpo”*. De la misma manera confesó ser su sangre el cáliz, que procede de la misma creación, la cual, recibéndola de los Apóstoles la Iglesia, ofrecen en todo el mundo a Dios, que nos da los alimentos, primicias de sus dones en el Nuevo Testamento, acerca del cual Malaquías profetizó así: *“El afecto mío no está con vosotros, dice el Señor omnipotente, y no aceptaré de vuestras manos sacrificios. Porque desde el levante al poniente es glori-*

ficado mi nombre entre las gentes y en todo lugar se ofrece incienso a mi nombre, y un sacrificio puro, pues grande es mi nombre entre las naciones, dice el Señor Omnipotente” (Mal 1,11). Significado manifiestamente por esto que el pueblo anterior cesará de ofrecer sus sacrificios a Dios, en tanto que en todo lugar le será ofrecido un sacrificio puro, y su nombre será glorificado entre las naciones” (Contra las Herejías, 4,17,5).

Y continúa: “El pan sobre el que se pronuncia la invocación de Dios, no es ya un pan ordinario, sino que es la Eucaristía (Ibid).

San Ambrosio (s. IV): “¿Cómo puede el pan ser cuerpo de Cristo? Por la consagración. Pero, ¿con qué palabras se hace la consagración? Con las palabras del Señor Jesús. Porque todo lo demás que se dice anteriormente, las alabanzas de Dios, la oración por el pueblo, por los reyes y los demás, lo dice el sacerdote; mas en cuanto llega a la consagración, ya no usa el sacerdote palabras propias, sino palabras de Cristo. Así que es la palabra de Cristo la que obra el *milagro* del sacramento” (De Sac 4,4,14).

San Cirilo de Jerusalén (s. IV): “Habiendo hablado el mismo Jesucristo y dicho del pan: “*Esto es mi cuerpo*”, ¿quién se atreverá a ponerlo en duda? Habiendo El mismo asegurado y dicho: “*Esta es mi sangre*”, ¿quién se atreverá a titubear y decir que no es su sangre? (Catec 4,1).

La transustanciación. “La víspera de su muerte, Jesús tomó el pan y pronunció sobre él estas palabras: “*Esto es mi cuerpo*”. Si “esto” antes era pan y ahora es el cuerpo de Cristo, síguese que ha habido el cambio de una cosa en otra, conversión de la realidad misma del pan en su cuerpo y la conversión de la realidad misma del vino en su sangre, quedando solamente inmutadas las propiedades (o accidentes) de pan y del vino, percibidas por nuestros sentidos. Este cambio misterioso es llamado por la Iglesia de una manera muy apropiada “transustanciación” (Credo del Pueblo de Dios).

“Jesucristo dijo: *Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, perma-*

nece en Mí y Yo en él (Jn 6,55-56). No hay lugar para dudar de la realidad de la carne y de la sangre. Pues, según la declaración del mismo Señor y según nuestra fe, la carne lo es verdaderamente y la sangre también. Y cuando comemos la una o bebemos la otra, producen en nosotros este efecto, que estemos en Cristo y Cristo en nosotros. O ¿acaso no es esto verdad? Por supuesto que no lo tendrán por verdadero los que niegan que Jesucristo es verdadero Dios, pues El está en nosotros por su carne, y nosotros estamos en El, mientras que con El lo que somos nosotros está en Dios.

“El mismo Jesucristo atestigua en qué medida estamos en El por el sacramento de la comunión de su carne y sangre cuando dice: *Y este mundo ya no me ve; pero vosotros me veréis, porque Yo vivo y vosotros viviréis; porque Yo estoy en mi Padre, y vosotros en Mí y Yo en vosotros* (Jn 14,19-20).

“Y continúa: *El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en Mí y Yo en él* (Jn 6,57). *Como me envió el Padre que vive y Yo vivo por el Padre, el que coma mi carne vivirá por Mí* (Jn 6,58). El vive por el Padre, y de igual manera, nosotros viviremos por su carne (La Trinidad VIII).

9. Jesucristo es Dios porque nació como Dios.

Jesucristo es Dios, y como Dios es eterno, nunca tuvo principio, luego nunca empezó a existir, porque El existía antes de todos los tiempos.

Pero el Hijo de Dios nació, como la luz nace del sol, con un nacimiento eterno, sin principio, porque Dios no puede tener principio, y, por tanto, tampoco tuvo principio su nacimiento eterno.

Pero Jesucristo tuvo dos nacimientos, uno como Dios, y después nació de la Virgen, como Hombre-Dios. Porque Jesucristo, en su segundo nacimiento, tampoco nació como un simple hombre, como lo vamos a demostrar.

1º, La venida de Jesucristo a este mundo como Salvador y Redentor, y por tanto, su nacimiento, fue anunciado desde el principio del mundo a nuestros primeros padres en el paraíso (Gén 3,15), y después lo anunciaron los profetas, con tantos detalle y circunstancias de su nacimiento, de su vida, y, sobre todo de su muerte, que, como ha dicho algún autor: “La Vida de Jesucristo estaba ya escrita por los profetas muchos siglos antes de que El naciera”. “¿De quién se ha escrito su vida antes de nacer? De nadie. Sólo la de Jesús el Hijo de Dios”.

Quien quiera ver con detalles las principales profecías que estaban escritas sobre la vida de nuestro Señor, vea la obra: “*Demostración de la divinidad de Jesucristo*” del P. Hillaire, del Apostolado Mariano.

2º, Jesucristo, ni fue concebido, ni nació como los demás hombres. Porque nunca ningún hombre ha nacido de una virgen, quedando ella virgen en la concepción y en el parto.

En nuestros tiempos la ciencia médica ya puede hacer que una virgen pueda concebir sin romper su virginidad, mediante la fecundación artificial. Y también puede hacer que nazca la criatura por cesarea dejando a la madre virgen. Pero ésto no deja de ser una chapuza. Primeramente tienen que pinchar a la futura madre, con una jeringuilla especial para introducirle los espermatozoides para fecundarla. Y después, para sacarle el niño con cesarea, tienen que abrirle el vientre. No nació así el Niño Jesús, sino que El atravesó el vientre de su madre, como el rayo de luz atraviesa un limpio cristal, sin romperlo ni mancharlo. El nacimiento de Jesús fue una obra de Dios. Lo de la fecundación artificial y la cesarea es una chapuza humana. Para la fecundación artificial se necesita el espermatozoide de un hombre. A la Santísima Virgen le bastó que cubriese con su sombra el Espíritu Santo.

Por eso Jesucristo es el Hijo de Dios, y también el Hijo del hombre. Es Hijo de Dios, porque su único Padre es Dios, y es

Hijo del hombre, porque se hizo hombre, Hijo de Adán, naciendo de una mujer descendiente de Adán.

De esta forma, Jesucristo es verdadero hombre y verdadero Dios. Necesitaba ser verdadero hombre, para poder representar a los hombres y poder redimirlos; y necesitaba ser verdadero Dios, para que su redención tuviera el suficiente valor y pudiera ser aceptada dignamente por Dios.

10. Sabemos que Jesucristo es Dios, porque es Amor.

Del grandísimo amor que Dios nos tiene.

Decía Jesucristo: *Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo unigénito, a fin de que todos los que creen en El no perezcan sino que consigan la vida eterna* (Jn 3,16).

Dios Padre ama a su Hijo con un amor infinito, *en El tiene puestas todas sus complacencias* (Mt 17,5), y le ama con un amor tan grande que supera infinitamente al amor que tiene a todos los ángeles y santos juntos, incluida la Santísima Virgen. Esto es de fe y de sentido común, pues es su Hijo, de su misma sustancia, engendrado por El antes de todos los siglos. Todos los demás somos simples criaturas de Dios, que nos creó, sí por amor, y aunque nos adoptó por hijos, y por la gracia nos hizo partícipes de su misma naturaleza, seguimos siendo criaturas de Dios, mientras nuestro Señor es su Hijo unigénito. Por eso el Padre le ama con un amor incomparable e infinito.

Ahora bien: siendo así que el Padre ama infinitamente más a su Hijo que a todos los ángeles y hombres juntos, ¿cómo se explica que cuando Jesucristo estaba en la oración del Huerto y aterrorizado, como hombre, de lo que le esperaba, le pidiera

al Padre que si era posible lo librara de beber aquel amarguísimo cáliz, el Padre no lo libró, sino que para animarle a superar su angustia le mandó un ángel para confortarle y animarle a padecer?

No puede decirse, como ya alguno heréticamente ha dicho, que Dios nos amó más que a su Hijo. Sólo pensarlo es una ofensa intolerable y una terrible blasfemia. Dios no nos puede amar a nosotros, simples criaturas con un amor mayor o igual que el que le tiene al Hijo nacido de El, que es Dios con El y que con El tiene todas sus mismas perfecciones y su misma esencia.

Pero el Padre al querer que su Hijo sufriera todos los horrores de la pasión y muerte de su Hijo, sabía que el mismo Hijo, como Dios, también lo quería, aunque como hombre, en aquel terrible momento sintiese aquella tremenda angustia mortal que le hizo exteriorizar su dolor con aquella dolorosa exclamación: *“Padre, si es posible, aparta de Mí este cáliz”*, pero al momento añadió: *“Mas no se haga como Yo quiero, sino como Tú quieres”* (Mt 26,39; Lc 22,42).

El Padre al entregarnos al Hijo, y el Hijo al entregarse a sí mismo, nos manifestaban el mismo amor, porque ambos sufrían lo mismo, y no era mayor el sufrimiento del Hijo que el del Padre, como tampoco era mayor el amor.

Pero ambos sabían que merecía la pena aquel sacrificio, por lo muchísimo que nosotros ganábamos con ello, y que era tanto, que a mí me es imposible explicarlo y a mis lectores comprenderlo. Solamente diré que lo que sufrió Jesucristo por nosotros fue un sufrimiento limitado, que prácticamente duró dos días; en cambio, el beneficio que nos consiguió a cada uno de nosotros, fue un beneficio infinito, porque dura para siempre.

Gracias a los sufrimientos y la pasión de Jesucristo, Dios ha podido perdonar todos nuestros pecados y hemos podido merecer, con su gracia, una felicidad eterna, tan maravillosa y sublime, que supera todo conocimiento y toda imaginación (1 Cor 2,9). Y ésto es tan grande, tan importante y tan extraordinario, que Dios consideró por muy bien empleados los sufri-

mientos de su Hijo a trueque de nuestra eterna felicidad. ¡No ofendamos a Dios despreciando o teniendo en poco lo que tan caro le costó!

Mediante la Pasión de Jesucristo, Dios nos revela su amor.

Dios Padre, nos revela su gran amor, entregándonos al Hijo de su amor. Así como el patriarca Abraham le manifestó a Dios su gran amor, ofreciéndole el sacrificio de su único hijo; de la misma manera el mismo Dios nos ha manifestado a nosotros su grandísimo amor al entregar a la muerte a su único Hijo, *objeto de todas sus complacencias* (Mt 3,17; 17,5), y al que amaba como a Si mismo.

Dice San Ligorio: “Tres cosas debemos considerar en este don: quién lo da, qué es lo que da y el amor con que lo da. Sabido es que mientras más noble es el donador, tanto más estimable y digno de aprecio es el don. El que recibe una flor de manos de un rey, estimará la flor más que un gran tesoro. ¿Quién podrá, por consiguiente, apreciar en su justo valor el don que nos viene de la mano de Dios? y ¿qué es lo que ha dado? A su propio Hijo. No contento con prodigarnos tantos bienes como hay sobre la tierra, lo llevó su amor a darse por entero a sí mismo en la persona del Verbo encarnado. No dio a un siervo, dice San Juan Crisóstomo, ni a un ángel, sino a su mismo Hijo. Por eso la Iglesia, henchida de gozo, exclama: “¡Oh admirable dignación de tu piedad para con nosotros!, ¡Oh admirable dignación de tu piedad para con nosotros!, ¡oh inefable y nunca bastante ponderado amor!, ¡para rescatar al esclavo entregaste el Hijo a la muerte!” (Exultet del Sábado Santo).

“*El Padre nos dio a su Hijo por amor.* Dios nos ha dado a su Hijo, y ¿por qué? Únicamente por amor. Pilatos, por temor a los judíos, *abandonó a Jesús al arbitrio de ellos* (Lc 23,25), mientras el Eterno Padre, por el amor que nos tenía, *lo entregó a la muerte por todos nosotros* (Rm 8,32). “El amor, dice Santo Tomás, es lo primero que hay que tener en cuenta en el don, y, el que el Hijo

de Dios tomase carne, fue el efecto de su grande amor”. Y esto fue cabalmente lo que quiso darnos a entender Jesucristo cuando dijo: *De tal manera amó Dios al mundo, que le dio su único Hijo* (Jn 3,16). Esta palabra *de tal manera*, supone, dice San Juan Crisóstomo, el infinito amor con que Dios nos hizo este gran don. En efecto, ¿qué mayor prueba de amor podía darnos el Señor que condenar a muerte a su Hijo inocente para salvar a miserables pecadores? *No perdonó, dice San Pablo, ni a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros* (Rm 8,32). Si el Padre Eterno hubiera podido sufrir, ¿cuál hubiera sido su quebranto al verse precisado a condenar a su Hijo, que amaba tanto como a sí mismo, a morir con muerte tan cruel e ignominiosa?

“*El Padre, dándonos a Jesús, nos dio la vida. ¿Quién sino un Dios de infinito amor podía amarnos con tanto extremo? Dios que es rico en misericordia, como dice San Pablo, movido por el excesivo amor con que nos amó, aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dio vida juntamente en Cristo* (Ef 2,4-5). El Apóstol llama *excesiva* la caridad que el Padre manifestó a los hombres, haciendo que muriera el Hijo para devolvernos la vida de la gracia, que por el pecado habíamos perdido. Pero advertimos que *Dios es caridad* (1 Jn 4,16), es el mismo amor, y por eso no fue excesivo el que manifestó a los hombres. *En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene, dice San Juan, en que Dios envió al mundo a su Hijo unigénito para que vivamos por El. Y en esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que el nos amó y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados* (1 Jn 9-10) (S. Ligorio: El Amor del Alma c. XV).

Jesucristo nos manifestó su amor ofreciendo su vida por nosotros.

Dice San Ligorio: “Nosotros los cristianos somos a Dios deudores de inmensos beneficios por habernos hecho hacer después de la venida de Jesucristo. Nuestro tiempo no es ya

el del temor, como era el de los judíos, sino tiempo de amor, pues hemos sido testigos de la muerte de un Dios, que dio la vida por salvarnos y conquistar nuestro amor. Es de fe que *Cristo nos amó y se entregó a la muerte por nosotros* (Ef 5,2) Y ¿quién hubiera podido quitar la vida a un Dios omnipotente, si voluntariamente no la hubiera querido El dar por nosotros? *Yo doy mi vida*, dice el mismo Jesucristo, *nadie me la arranca, sino que Yo la doy de mi propia voluntad* (Jn 10,17-18). Por eso nos advierte el mismo San Juan, que el Señor al morir nos dio la última prueba de su amor. *Como hubiese amado a los suyos, los amó hasta el extremo* (Jn 13,1). Dice a este propósito un devoto autor que Jesucristo hizo en muerte tan grandes demostraciones de amor, que después ya nada le quedaba por manifestarnos lo mucho que nos amaba. “Estando muriendo en la cruz, nos dio el más evidente testimonio de su amor” (*El Amor del Alma*, XVI).

Todo el Nuevo Testamento está lleno de textos y palabras que nos hablan del inmenso amor manifestado por el Hijo de Dios.

Dijo Jesús: *Nadie tiene amor más grande que aquel que da la vida por sus amigos* (Jn 15,13).

Y San Pablo añade: *Pero lo que hace resaltar más el amor de Dios hacia nosotros, es que, cuando aun éramos pecadores, es cuando al tiempo señalado murió Cristo por nosotros* (Rm 5,8).

Y sigue Jesucristo: *Yo soy el buen pastor, y el buen pastor da la vida por sus ovejas... Por eso el Padre me ama, porque doy mi vida para tomarla otra vez. Nadie me la quita, sino que Yo la doy de mi propia voluntad, pues soy dueño de darla y dueño de recobrarla...* (Jn 10,11-18).

San Pablo añade: *Cristo nos amó y se ofreció a sí mismo a Dios en oblación y hostia de olor suavísimo* (Ef. 5,2).

En esto hemos conocido el amor de Dios: en que el Señor dio su vida por nosotros (1 Jn 3,16).

El cual se dio a Sí mismo por nuestros pecados para sacarnos de la corrupción del presente siglo, conforme a la voluntad de Dios y Padre nuestro (Gal 1,4).

El cual se dio por nosotros, para redimirnos de todo pecado, purificarnos y hacer de nosotros, un pueblo suyo propio, celador de buenas obras (Tit 2,14).

Se dio a sí mismo en rescate por todos (Tm 2,6).

Así se ha manifestado la benignidad y el amor de nuestro Salvador para con todos los hombres (Tit 3,4).

Por eso doblo mis rodillas ante el Padre... para que, según la riqueza de su gloria, os conceda ser poderosamente fortalecidos en el hombre interior por su Espíritu; que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, y arraigados y fundados en la caridad, podáis comprender en unión con todos los santos, cual es la anchura, la longura, la altura y profundidad del amor de Cristo por nosotros, que sobrepuja a todo conocimiento... (Ef 3,14-19).

¡Qué maravilloso! ¡Qué grandioso es este texto! ¡El amor de Cristo para con nosotros, que sobrepuja todo conocimiento! ¿Se podía decir más? Ni ángeles ni hombres pueden comprenderlo. ¡Solamente el Padre! (Mt 11,27).

11. Jesucristo demostró que era Dios obrando como Dios

Jesucristo demostró que era Dios porque tenía poderes divinos y obraba con la autoridad y el poder de Dios: conocía el futuro; conocía los pensamientos humanos más ocultos; anuló preceptos de la Ley de Dios como el divorcio y el no poder hacer obras buenas el sábado; impuso preceptos nuevos como la obligación del bautismo y la indisolubilidad del matrimonio; perdonaba los pecados y les dio autoridad a los Apóstoles para que pudieran imponer preceptos que obligan en conciencia, y poderes también para derogar otros; exigió de sus discípulos un amor sobre todas las cosas que sólo corresponde a Dios; mandaba con autoridad a la Naturaleza y ésta le obedecía, y

por fin, hizo en su propio nombre portentosos milagros que solamente Dios puede hacer.

1º, Jesucristo conocía el futuro de los acontecimientos, pues sabemos que hizo varias profecías y que hasta ahora todas se cumplieron. El predijo:

a) *En cuanto a su persona*, su pasión, su muerte, su resurrección.

b) *En cuanto a sus discípulos*, la traición de Judas, la triple negación de Pedro, la venida del Espíritu Santo sobre sus apóstoles, los futuros milagros de éstos, sus padecimientos y su martirio.

c) *Respecto de los judíos*, la ruina de Jerusalén, la destrucción del templo, y la dispersión del pueblo judío.

d) *Acerca de la Iglesia*, la publicación del Evangelio en todo el universo, las persecuciones que habría de sufrir, la conversión de los pueblos y la duración perpetua de la Iglesia.

La predicción de estos acontecimientos, imposible de ser previstos, demuestran en Jesucristo una ciencia divina. Luego Jesucristo es Dios.

Las profecías de Jesucristo prueban su divinidad.

“La profecía, como el milagro, es una obra divina. Supone participación de la ciencia de Dios, como el milagro supone participación de su poder. Sólo Dios conoce y puede revelar los sucesos que dependen de la voluntad de Dios y de la libertad del hombre. Por consiguiente, si Jesucristo hizo verdaderas profecías y ellas se han realizado, es porque El es Dios, o al menos un enviado de Dios”. (*Hillaire: La Religión Demostrada*).

He aquí algunas de las profecías de Jesucristo:

a) *Acerca de su persona: He aquí que vamos a Jerusalén y el Hijo del hombre va a ser entregado a los sumos sacerdotes y escribas, y lo condenarán a muerte, y lo entregarán a los gentiles, para que lo escarnezcan, lo azoten y lo crucifiquen; pero al tercer día resucitará* (Mt 20,18-19).

b) Relativas a sus discípulos: *Le dijo Pedro: Aunque todos te abandonen, yo jamás te abandonaré. Jesús le respondió: En verdad te digo que esta misma noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces. Le dijo Pedro: Aunque fuera necesario morir contigo, yo jamás te negaré...* (Mt 26,33-35) Véase la profecía cumplida en Mt 26,69-75; Mc 14,66-72; Lc 22,55-62; Jn 18,15-27.

Les predijo persecuciones: *Mirad que os envío como ovejas entre lobos... Guardaos de los hombres, porque os entregarán a los tribunales y en sus sinagogas os azotarán, y os conducirán por mi causa ante los gobernadores y los reyes, para dar testimonio ante ellos y ante las naciones... Seréis odiados de todos por mi causa; pero quien persevere hasta el fin, se salvará* (Mt 10,16-22).

Véase también Lc 21,12-19; Jn 15,18-22, donde se anuncian las grandes persecuciones que han padecido los cristianos y la Iglesia entera a lo largo de los siglos. Son innumerables mártires que festejamos y figuran en el catálogo de los santos, dan claro testimonio del cumplimiento de estas profecías.

c) Profecías relativas a los judíos. En diversas circunstancias Jesús predijo las desgracias que amenazaban a Jerusalén, el sitio de esta ciudad, la ruina de su templo y la dispersión del pueblo judío: *Vendrán días sobre tí en los que tus enemigos te cercarán con baluarte, y te pondrán cerco, y de todas partes te estrecharán; y te derribarán por tierra, y no dejarán piedra sobre piedra... Tus hijos serán pasados a cuchillo; serán llevados cautivos a todos los pueblos, y en Jerusalén dejarán sus huellas los gentiles.* Sus discípulos le preguntaron: Maestro, ¿cuánto sucederá esto? Jesús dijo: *En verdad os digo que no pasará esta generación sin que todas estas cosas se cumplan... Cuando veáis a un ejército rodeando Jerusalén, estad ciertos de que la desolación se aproxima* (Mt 24; Mc 13; Lc 19).

Esta profecía de la destrucción de Jerusalén y del templo, se cumplió a la letra en el año 70, como lo relata con muchos detalles el historiador judío Flavio Josefo en sus *Antigüedades*.

Estas predicciones poseen los tres caracteres de las profecías divinas. En efecto: a) *Fueron hechas antes de los aconteci-*

mientos, y tenemos como prueba el testimonio de los evangelistas. Eran conocidas por los fariseos, puesto que dijeron a Pilato: *Nosotros sabemos que este seductor dijo, cuando vivía: Después de tres días resucitaré.* Fuera de eso, los Evangelios fueron escritos antes de la realización de las profecías que se refieren a Jerusalén y a su templo.

b) *Era imposible prever los hechos predichos.* Sólo Dios que ordena todos los acontecimientos, sabe lo que va a suceder. Luego, si Jesucristo los sabía es porque es Dios, o un amigo de Dios al que Dios se lo ha revelado. Pero Jesucristo, si no es Dios, tampoco puede ser un amigo de Dios, porque se otorga a sí mismo la honra que pertenece a Dios, y eso, no siendo Dios, sería un gravísimo pecado de idolatría y de gravísima ofensa contra Dios. Por tanto, Jesucristo es Dios.

2º, Jesucristo conocía los más ocultos pensamientos de los hombres, que solamente Dios puede conocer, luego Jesucristo es Dios.

Entonces algunos de los escribas, dijeron (pensaban) entre sí: "Este blasfema". Mas viendo Jesús sus pensamientos, dijo: "¿Por qué pensáis mal en vuestro interior?" (Mt 9,4).

(Pensaban): *"Este no arroja los demonios sino con el poder de Beelzebul, príncipe de los demonios". Conociendo El sus pensamientos les dijo:... (Mt 12,25).*

Los escribas y fariseos comenzaron entonces a pensar: "¿Quién es Este que dice blasfemias? ¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?". Más conociendo Jesús sus pensamientos, le dijo: "¿Qué estáis pensando dentro de vosotros?... (Lc 5,22).

Otro sábado entró Jesús en la sinagoga y se puso a enseñar, y había allí un hombre cuya mano derecha tenía seca. Le acechaban los escribas y los fariseos para ver si curaría en sábado y así tener motivo de acusación en contra de El; pero Jesús que conocía sus pensamientos, dijo al hombre que tenía la mano seca... (Lc 6,8).

(A los discípulos) les vino el pensamiento de quién de ellos sería el mayor; más Jesús, conociendo lo que pensaban en su interior... (Lc 9,47).

3º, Jesucristo demostró que era Dios al perfeccionar la Ley de Dios.

Jesucristo enseñaba no como un doctor de la ley, sino como el Señor y Autor de la ley, hablando con autoridad, de manera que todos *estaban admirados de su doctrina y se maravillaban de sus enseñanzas, porque les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los doctores* (Mt 7,29; Mc 1,22) Y decían: *¿Qué nueva doctrina es ésta impartida con autoridad, que hasta los espíritus inmundos les manda y le obedecen?* (Mc 1,27).

Y les decía: No penséis que he venido a abolir la Ley o los Profetas; no vine a abolirla, sino a perfeccionarla... (Mt 5,17).

Pero para perfeccionar la Ley, tuvo que anular unas cosas y poner otras nuevas. Por ejemplo, anuló el divorcio permitido por la ley de Moisés (Dt 24,1) Anuló las leyes que prohibían comer ciertos alimentos considerados impuros, cuando dijo: *En cualquier ciudad donde entréis y os reciban, comed lo que os pongan* (Lc 10,8).

Anuló la rigurosa ley sabática, que no les estaba permitido ni siquiera cortar espigas para comer los granos (Mt 12,2; Mc 2,24), Anuló las ridículas tradiciones de las purificaciones (Mt 15; Lc 11,39) Etc. Y al mismo tiempo impuso nuevos preceptos, con autoridad, como vamos a ver:

Oísteis que fue dicho a los antiguos: “No matarás” y quien matare, sea reo de juicio. Mas Yo os digo, que todo aquel que se encoleriza con su hermano, será reo de condena... (Mt 5,21-22).

Oísteis que se dijo: “No cometerás adulterio”. Mas Yo os digo, que todo aquel que mira a una mujer para desearla, ya cometió adulterio con ella en su corazón (Mt 5,27-28).

También oísteis que se dijo a los antiguos: “No perjurarás, sino que cumplirás al Señor tus juramentos”. Mas Yo os digo que de ningún modo juréis... (Mt 5,33-34).

Oísteis que se dijo: “Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo”. Mas Yo os digo: “Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen... (Mt 5,43-44).

También se ha dicho: “Quien repudiare a su mujer, dele documento de divorcio (Dt 24,1). *Mas Yo os digo, que quien repudia a su*

mujer, excepto en caso de fornicación, la expone al adulterio, y el que se casa con la repudiada, comete adulterio (Mt 5,31-32).

Por eso os digo, que quien se divorcie de su mujer, excepto en caso de adulterio, y se casare con otra, comete adulterio, y el que se casare con la divorciada, también comete adulterio (Mt 19,7-9).

Jesús, como Dios que es, impuso sus propios mandamientos, y por eso hablaba de “mis mandamientos”:

Si me amáis, guardaréis mis mandamientos (Jn 14,15).

Quien recibe mis mandamientos y los guarda, éste es el que me ama, y el que me ama, será amado de mi Padre, y Yo también le amaré y me manifestaré a él (Jn 14,21).

Si guardáreis mis mandamientos, permaneceréis en mí amor, lo mismo que Yo guardo los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor (Jn 15,10).

En esto podemos saber si le conocemos, si guardamos sus mandamientos. Porque quien dice “yo le conozco” y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso y la verdad no está en él (1 Jn 2,3-4).

Este es mi mandamiento: Que os améis los unos a los otros como Yo os he amado (Jn 15,12).

Esto os mando: que os améis unos a otros (Jn 15,17).

Y termina diciendo: Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que Yo os mando (Jn 15,14).

Esta forma de hablar, con esta autoridad, imponiendo sus propios mandamientos y anulando otros, no podía hacerlo nadie que no fuera el mismo Dios. Luego está claro que Jesucristo es Dios.

4º, Jesucristo demostró que era Dios, perdonando con su propia autoridad las ofensas hechas a Dios.

Veamos los dos casos más importantes en que Jesucristo declaró que perdonaba los pecados, y la reacción de los judíos. El primero es el de la pecadora arrepentida que llorando ungió los pies de Jesús con perfume y se los enjugó con sus cabellos. Como el fariseo que lo había invitado estuviera pensando mal de Jesús por dejarse tocar de aquella pecadora, Jesús le dijo:

“Simón: ¿Ves esta mujer? Yo entré en tu casa, y no me diste agua para mis pies; pero esta ha regado mis pies con sus lágrimas y

los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me diste el ósculo; mas ella, desde que entró, no ha cesado de besar mis pies. Tú no me ungiste con óleo mi cabeza; ella ha ungido mis pies con perfume. Por lo cual te digo que se le perdonan sus muchos pecados, porque ha amado mucho. Aquel a quien se le perdona poco, ama poco.

Después dijo a ella: "Tus pecados te quedan perdonados".

Entonces, los que estaban con El a la mesa, se pusieron a decir entre sí: ¿Quién es Este que hasta perdona pecados? Y dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado; vete en paz (Lc 7,44-50).

Si Jesucristo no fuera Dios ¿cómo iba a poder perdonar las ofensas contra Dios a una mujer, por el amor que le había demostrado a El en particular? Pero veamos que Jesús le dijo: *"Tu fe te ha salvado"*. Y es que ella no veía en Jesús a un simple hombre; en este caso Jesús la hubiera rechazado. Ella reconocía en Jesús al Hijo de Dios, o Enviado de Dios, y no era al hombre al que amaba, si a Dios; por eso Jesús la perdonó, por su arrepentimiento y sincero amor a Dios.

Ahora veamos el caso del paralítico, que es el más famoso:

Un día mientras Jesús enseñaba, había allí sentados unos fariseos y maestros de la Ley que habían venido de todas las aldeas de Galilea, de Judea y de Jerusalén, y el poder del Señor le impelía a sanar. Y sucedió que unos hombres que traían un paralítico postrado sobre una camilla, intentaban introducirlo y ponerlo delante de El. Pero como no lograban meterlo dentro, por causa de la multitud, subieron a la terraza, y por el techo, le descolgaron con la camilla, allí en medio, delante de Jesús, quien al ver su fe, dijo: "¡Hombre! perdonados te son tus pecados".

Los escribas y los fariseos, entonces, comenzaron a pensar: *¿Quién es Este que dice blasfemias? ¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios? Pero Jesús, conociendo sus pensamientos, les respondió: ¿Qué es lo que estáis pensando dentro de vosotros? ¿Qué es más fácil, decir: "Tus pecados te son perdonados", o decir: "Levántate y anda?". Pues para que sepáis que el Hijo del hombre, tiene poder en la tierra para perdonar pecados -dijo al paralítico-: A tí te digo: Levántate, toma tu camilla y ve a tu casa". Al punto se levantó a la vista de todos, tomó su camilla y*

se fue a su casa alabando a Dios, y quedaron todos sobrecogidos de asombro, y glorificaban a Dios; y penetrados de temor, decían: ¡Hoy hemos visto cosas increíbles! (Lc 5,17-26; Mt 9,1-8; Mc 2,1-12).

Este texto no necesita comentarios, pues los escribas y fariseos, que eran los expertos doctores de la ley, ya los hicieron cuando decían: Nadie puede perdonar los pecados sino sólo Dios, y quien fuera de Dios trate de arrogarse ese poder, blasfema. Luego Jesús es un blasfemo, o es Dios. No puede ser un blasfemo, porque es un enviado de Dios y el Hijo de Dios, luego es Dios.

Pero Jesucristo no solamente demostró ser Dios perdonando El directamente los pecados, sino que, aún si cabe, lo demostró más, dando esta misma autoridad y poder a sus discípulos, cuando les dijo:

Como mi Padre me envió, así os envío Yo. Y dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo, a quienes perdonaréis los pecados, les quedan perdonados, y a quienes se los retuviéreis, les quedan retenidos” (Jn 20,21-23).

5º, También demuestra que es Dios al conceder a Pedro plenos poderes para imponer y derogar leyes que obliguen en conciencia.

Le dijo a Pedro:

“Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares en la tierra, quedará atado en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, quedará desatado en los cielos” (Mt 16,18-19).

Ya hemos visto en el número tres cómo Jesucristo demostró que era Dios por su autoridad para perfeccionar la Ley derogando preceptos antiguos e imponiendo otros nuevos. Ahora aquí también le da a Pedro, como su vicario y representante en la tierra, plenos poderes para imponer o derogar nuevos preceptos, de acuerdo con la Ley y el Evangelio.

6º, Jesucristo demostró que era Dios exigiendo para Sí el amor supremo, cuando dijo:

Quien ama a su padre o a su madre más que a Mí, no es digno de Mí. Y el que ama a su hijo o a su hija más que a Mí, no es digno de Mí. Y quien no carga con su cruz y me sigue, no es digno de Mí. Quien hallare su vida, la perderá, y quien la pierda por Mí, la hallará (Mt 10,37-39; Lc 14,26).

7º, Jesucristo demostró que era Dios porque daba órdenes a la naturaleza inanimada y ésta le obedecía. Veamos un ejemplo:

Jesús entro en una barca acompañado de sus discípulos, y he aquí que se levantó una tempestad tan recia en el mar, que las olas cubrían la barca, mas Jesús estaba durmiendo. Se acercaron a El sus discípulos y le despertaron, diciendo: “¡Señor, sálvanos que perecemos!”

Se levantó Jesús, e increpando al viento, dijo al mar: ¡Calla! ¡Enmudece! Se calmó el viento y se hizo una gran bonanza.

Luego, Jesús les dijo: ¿Por qué tenéis miedo, oh hombres de poca fe? Y ellos, sobrecojidos de gran temor, se decían unos a otros: ¿Quién es Este que hasta los vientos y el mar le obedecen? (Mt 8,23-27; Mc 4,36-41; Lc 8,22-25).

12. Jesucristo con sus milagros demostró que era Dios.

1º, *Sólo Dios puede hacer milagros.* El P. A. Hillaire en su obra, *La Religión demostrada*, dice todo lo que sigue: “El milagro es un hecho sensible que supera todas las fuerzas creadas y no se opera sino por una intervención especial de Dios. Un *verdadero milagro* requiere la intervención del poder divino. Desde el momento que un hombre hace milagros, se sigue que este hombre obra y habla en *nombre de Dios*, que le ha delegado su poder. Dios no puede poner su poder al servicio del error o de

la mentira, pues engañaría a los hombres, lo que no es posible. Un solo milagro prueba, por consiguiente, que el que lo hace es *el Enviado de Dios*, el mandatario de Dios, o el mismo Dios en persona, como es el caso de Jesucristo.

2º, *Jesucristo hizo numerosos milagros.* – *Milagros sobre la naturaleza inanimada.* Jesucristo convierte el agua en vino en las bodas de Caná; dos veces multiplica el pan para alimentar a las muchedumbres; con una palabra calma las tempestades, etc.

– *Milagros sobre las enfermedades.* Jesucristo sana toda clase de enfermos; devuelve la vista a los ciegos, el oído a los sordos, la palabra a los mudos, el uso de los miembros a los paráliticos, etc.

– *Milagros sobre los demonios.* Al oír la palabra de Jesucristo, los demonios salen de los cuerpos de los poseídos y proclaman que El es el Hijo de Dios.

– *Milagros sobre la muerte.* Jesucristo resucita a la hija de Jairo, al hijo de la viuda de Naín y a Lázaro muerto de cuatro días.

– *Los milagros de Jesucristo están perfectamente comprobados.*

1º, Los Evangelios los narran, y está comprobado que los Evangelios son libros históricos de una autoridad incontestable.

2º, Jesucristo hizo sus milagros en presencia de gran número de personas, en lugares públicos, en las plazas de las grandes ciudades, a la vista de los judíos prevenidos en su contra, a la vista de los *Escribas* y de los *Fariseos*, sus enemigos encarnizados, hombres hábiles e interesados en descubrir una impostura. Los hizo instantáneamente, sin preparación alguna, sin valerse de medios naturales, con una simple palabra, por un acto de su voluntad, a veces hasta sobre ausentes.

3º, Los judíos, testigos de estos prodigios, jamás los pusieron en duda. Estaban confundidos, y en su obstinación decían: “¿*Qué haremos? Este hombre hace muchos milagros; si le dejamos hacer, arrastrará a todo el pueblo en pos de Sí*” (Jn 11,47-48).

En su *Talmud*, o colección de las tradiciones judías, los judíos confiesan los milagros de Jesús de Nazaret, atribuyéndoselos a la magia. Luego los milagros de Jesucristo son ciertos, pues ni siquiera sus mayores enemigos han podido negarlos.

– *Los prodigios obrados por Jesucristo son verdaderos milagros.* Ellos no provienen ni del demonio ni de las fuerzas de la naturaleza.

a) No pueden ser atribuidos al demonio: si el demonio hubiese obrado esos milagros, hubiera trabajado en la ruina de su imperio. Por lo demás, el demonio, obedeciendo al Salvador, reconocía que Jesucristo estaba sobre él.

Además, la mayor parte de los milagros de Jesucristo superan todos los poderes de los espíritus malos y demandan una potencia infinita. Así, por ejemplo, *la resurrección de los muertos* no puede ser obrada sino por la potencia divina. Ni ángel ni demonio pueden substraer las almas a la recompensa o al castigo que ellas reciben de Dios al dejar este mundo, ni volverlas nuevamente al estado de prueba, ni restablecer entre el alma y el cuerpo las relaciones íntimas que constituyen la vida. La resurrección requiere una potencia igual a la creación.

Aparte de esto, Dios no da al demonio el poder de cambiar las leyes de la naturaleza, ni la facultad de engañar a los hombres haciendo *obras divinas*.

b) Tampoco pueden ser atribuidos los prodigios de Jesucristo a *las fuerzas de la naturaleza*. La mayor parte de estos milagros superan todas las fuerza creadas. Después de dos mil años, y no obstante los progresos de las ciencias y los descubrimientos de los sabios, no se han podido explicar estos milagros por causas naturales.

Hoy, como antes, la voz del hombre es impotente para calmar las tempestades, multiplicar el pan, dar vista a los ciegos de nacimiento y resucitar a los muertos. Tales prodigios están y estarán siempre por encima de las fuerzas de la naturaleza. Reunid todos los recursos de la medicina, todas las combinaciones químicas y magnéticas de las ciencias, y jamás llegaréis a resucitar a un muerto.

Durante veinte siglos, los milagros de Jesucristo han resistido victoriosamente a la crítica más minuciosa de los cristianos, de los judíos y de los paganos. Las tentativas de los racionalistas modernos para explicar estos prodigios son tan ridículas y tan miserables, que lo único que consiguen es demostrar su impotencia y su mala fe.

3º, *Jesucristo hizo sus milagros para probar su divina misión y la verdad de su doctrina*. Interrogado por los discípulos de San Juan Bautista, que deseaban saber si El era el Mesías, Jesús da por única respuesta la evidencia de sus milagros: *“Id y decid a Juan lo que habéis visto: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan”* (Lc 7,22).

Otra vez los judíos le dijeron: *“Si eres el Cristo, dínoslo claramente”*. Y Jesús les contestó: *“Os lo he dicho y no creéis; las obras que Yo hago en nombre de mi Padre, dan testimonio de Mí. Si no me creéis a Mí, creed a mis obras”* (Jn 10,24,25 y 38).

Cuando la resurrección de Lázaro, Jesús afirma que El obra ese milagro a fin de que el pueblo crea en su misión divina (Jn 11,42).

En todas estas circunstancias, Jesús se declara Enviado de Dios e Hijo de Dios, y, para probarlo, apela a los *milagros* que obra.

Conclusión. 1º El milagro es la firma de Dios, y sólo la religión cristiana lleva esa firma. Su fundador, Jesucristo, ha hecho no un milagro sólo, lo que sería suficiente, sino una multitud de milagros. De cada uno de ellos podemos concluir: *La religión cristiana es divina*.

Jesús devolvió la vista al ciego de Jericó: luego la religión cristiana es divina.

Jesús libró al poseído de Cafarnaúm: luego la religión cristiana es divina.

Jesús resucitó a Lázaro de Betania, muerto de cuatro días; luego la religión cristiana es divina.

Estos hechos y otros muchísimos más, son incontestables; estos hechos son verdaderos milagros; estos hechos prueban

que Jesús es el Enviado de Dios y verdadero Dios; luego la religión cristiana es divina.

2º, Los Apóstoles de Jesucristo, encargados de predicar la religión cristiana, hicieron verdaderos milagros. Jesús les había dado este poder cuando les dijo: *“Id y predicad, diciendo: Se acerca el reino de los cielos. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, expulsad demonios, y dad gratuitamente lo que gratuitamente habéis recibido (Mt 10,7-8) Y ellos fueron y predicaron en todas partes, cooperando el Señor con los milagros que hacían (Mc 16,20).*

Entre los milagros narrados por el libro de los *Hechos de los Apóstoles*, citemos en particular la curación del cojo, en la puerta del templo (c. III), la del paralítico (c. IX), las curaciones obradas por la sombra de San Pedro (c. V), la resurrección de Tabita (c. IX), la liberación milagrosa de San Pedro (c. XII). Hallamos también gran número de milagros obrados por San Pablo, en Efeso, hasta por el solo contacto de sus ropas (c. XIX), la resurrección de un niño en Tróade (c. XX), sin hablar del milagro de la conversión del mismo San Pablo, que podría bastar, aunque fuera el único, para determinar la conversión de un hombre de buena fe.

Estos hechos son ciertos e incontestables, son verdaderos milagros; luego los Apóstoles son enviados de Dios y la religión que predicán es divina.

3º, La historia de la Iglesia ofrece, en cada siglo, gran número de milagros perfectamente comprobados y auténticos, tanto, que se puede decir que los *Hechos de los Santos* son una digna continuación de los hechos de los Apóstoles.

Un solo milagro verdadero es suficiente para probar la divinidad de una religión en cuyo favor haya sido obrado. Y como tales hechos se han producido en cada siglo, en favor de la religión de Jesucristo, fuera menester, para llegar a destruir la presente prueba, negar los testimonios históricos de todos los siglos pasados, como también los del siglo presente. Sin hablar de los milagros de Lourdes, nuestro siglo ha visto a muchos santos colocados en los altares. Pero la Iglesia

no canoniza a ningún santo sin haber antes comprobado varios milagros obrados por su intercesión. (Hasta aquí es del P. Hillaire en el siglo XIX).

Curación del ciego de nacimiento (Jn 9).

Y continúa el P. Hillaire: “Los incrédulos suelen decir: Es de lamentar que los milagros de Jesucristo no hayan sido comprobados por sabios; hubiera sido conveniente levantar procesos respecto de cada uno de ellos. Pues bien, los deseos de los incrédulos se ven satisfechos en el mismo Evangelio, que narra un milagro comprobado por jueces oficiales, que son, a la vez, enemigos del Salvador.

Jesús encuentra en Jerusalén a un mendigo ciego de nacimiento. Con un poco de polvo humedecido con saliva, Jesús frota los ojos de este ciego y le dice: *Ve, lávate en la piscina de Siloé.*

Es conveniente notar que se trata aquí de un ciego de nacimiento y, por consiguiente, *incurable*. El barro empleado no tiene virtud curativa. El sitio donde se lleva a cabo la curación es un lugar frecuentado, lo que hace imposible todo fraude.

– El ciego se va, se lava y vuelve curado. Muchos de los que le han conocido cuando estaba ciego, se preguntan: “*¿Es el mismo mendigo que se sentaba aquí?*” – Los unos dicen: “*Es él*”. – Otros: “*No; es uno que se le parece*”.

Pero el ciego responde: “*Soy el mismo*”. – Le preguntan: “*¿Cómo se han abierto tus ojos?*” – El les dice: “*Aquel hombre a quien llaman Jesús ha tomado barro, ha frotado con él mis ojos y me ha dicho: Ve a lavarte a la piscina de Siloé. He ido, me he lavado y veo*”.

¡Qué sencillez en la manera de hablar! ¡Qué acento de veracidad!... Se va a iniciar un proceso, el famoso proceso que piden los racionalistas: los fariseos se encargan de esa formalidad.

El ciego es conducido a su presencia, y le preguntan: “*¿Cómo te fueron abiertos los ojos?*” – El interrogado responde: “*El hom-*

bre que se llama Jesús hizo lodo y me untó los ojos, y me dijo: Ve a la piscina de Siloé y lávate. Y fui y me lavé y recibí la vista”.

La misma disposición que hiciera ante el público y sin incurrir en contradicción alguna. Al oír esta narración, unos se indignan porque Jesús ha hecho esta obra en día de sábado; mientras que otros, más sinceros dicen: “*¿Cómo podría un pecador obrar semejantes prodigios?*” – Y se dividieron las opiniones. Para solucionar la cuestión acudieron al mismo ciego y le pidieron su opinión, como si esta hubiera influido algo en su curación. – *¿Y tú, preguntan los del sanedrín, qué dices del que te abrió los ojos?*” – Y él replica sin vacilar: “*Yo creo que es un profeta*”.

Entonces los fariseos no quisieron creer que había sido ciego; y para asegurarse, llaman a los padres de éste y les preguntaron: “*¿Es éste vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora?*”.

Los padres respondieron: “*Sabemos que éste es nuestro hijo y que nació ciego; más como ve ahora, o quién le abrió los ojos, nosotros no los sabemos. El tiene edad, preguntadle a él hablará de sí*”.

De esta suerte el proceso prueba que el favorecido por el milagro era realmente ciego de nacimiento. Los padres testifican la enfermedad, pero como ellos no han presenciado la curación, no la pueden explicar. Esta buena gente dice a los fariseos que interroguen a su hijo, porque temen ser expulsados de la sinagoga, pues no ignoraban que el sanedrín había excomulgado a todos aquellos que reconocieran a Jesús por Mesías.

Los príncipes de los sacerdotes no quisieron saber nada del milagro, porque la doctrina de Jesús les contrariaba. Iniciaron, pues, otro proceso para obligar al ciego a que dijera que el autor de su curación era un pecador.

– “*Da gloria a Dios, le dijeron; nosotros sabemos que ese hombre es un pecador*”. A lo que él respondió: “*Si es pecador no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo*”.

Insistieron ellos: “*pero en definitiva ¿qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?*” – Les contestó el ciego: “*Ya os lo he dicho; ¿por*

qué lo queréis oír otra vez? ¿Queréis también vosotros haceros sus discípulos?

Estas palabras les encolerizaron y maldijeron al ciego curado: *“Se tú su discípulo, que nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que Dios ha hablado a Moisés; pero éste no sabemos de dónde es”*.

Replicó el héroe de esta historia con cierto dejo de ironía: *“Maravillosa cosa es, por cierto, que vosotros no sepáis de dónde sea, y, con todo, me ha abierto los ojos. Sabemos que Dios no oye a los pecadores; sino que aquel que es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a éste oye. En ningún tiempo se oyó que abriese alguno los ojos de uno que nació ciego. Si éste no fuera un enviado de Dios, no pudiera hacer nada”*.

Estas palabras exasperaron a los fariseos: *“En pecado has nacido y quieres enseñarnos? Y le echaron fuera.*

Así terminó el proceso. Ante las enérgicas afirmaciones del ciego, ante la razón clara como el sol que da para probar que Jesús es un Enviado de Dios, los fariseos no hallan más respuesta que las injurias. No se quieren rendir a la evidencia. Tampoco los incrédulos modernos quieren rendirse a la evidencia, porque su corazón es malo, como el de los fariseos.

Jesús busca a este hombre perseguido por su causa, y le dice: *“¿Crees tú en el Hijo del hombre?”*

– *“¿Quién es, Señor, para que crea en El?”*

Jesús le dice: *“Le has visto y es el que te habla”*.

– *“¡Creo Señor!”* dijo el ciego; y postrado le adora como a Dios.

Y así este pobre ciego, fiel a la primera gracia, cree en la palabra de Aquel que le ha dado la vista, y le adora como a su Dios, bien seguro de que Jesús no puede engañarle, porque Dios no confiere a los impostores el poder de hacer milagros. (*La Religión Demostrada*).

13. Jesucristo con su resurrección demostró que era Dios.

La verdad fundamental de nuestra religión cristiana es la resurrección de Jesucristo; si Jesucristo realmente resucitó, no habrá ninguna dificultad para aceptar todo el Evangelio; pero si la resurrección de Jesucristo en un fraude, como aseguran los judíos y los ateos, no hay razón para aceptar ni una sola palabra del Evangelio.

Jesucristo murió en la cruz y sus discípulos fueron a pedirle el cuerpo a Pilatos, para enterrarle. Pilatos antes de concedérselo se aseguró de que estaba muerto, y estando seguro se lo entregó. Entonces los discípulos lo bajaron de la cruz y lo sepultaron en un sepulcro nuevo, cerca de aquel lugar, excavado en la roca (Mt 27,57-60).

“Al día siguiente, que era sábado, se juntaron los pontífices y los fariseos ante Pilato, y le dijeron: “Señor, recordamos que aquel impostor dijo cuando aún vivía: “Después de tres días resucitaré”. Manda, pues, que esté asegurado el sepulcro hasta el tercer día; no sea que vengan los discípulos, le roben, y digan al pueblo: “Resucitó de entre los muertos”, y este último engaño sea aun peor que el primero. Les dijo Pilatos: Ahí tenéis la guardia; id y asegurarlo como vosotros sabéis. Ellos fueron y aseguraron el sepulcro, precintando la piedra y poniendo la guardia de cuatro soldados (Mt 27,62-66).

Y continúa San Mateo: *“Pasado el sábado, al amanecer del primer día de la semana, fueron María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. De repente sobrevino un gran terremoto, al tiempo que un ángel del Señor bajó del cielo, y llegando recorrió la piedra y se sentó encima de ella. Era su aspecto como un relámpago, y su vestidura blanca como la nieve. Los guardias temblaron de miedo ante él, y quedaron como muertos. El ángel habló a las mujeres... Pero los guardias, fueron a la ciudad, y refirieron a los pontífices todo lo sucedido. Reunidos con los ancianos, acordaron en consejo dar bastante dinero a los soldados, para que dijeran: “Mientras nosotros dormíamos, vinieron sus discípulos de noche y le ro-*

baron". Y les aseguraron: "Si llegase ésto a oídos del gobernador, nosotros le convenceremos y os libramos de cualquier molestia. Ellos aceptaron el dinero, e hicieron como les dijeron, y se corrió esta voz entre los judíos hasta el día de hoy (Mt 28,1-15).

Estas son las dos versiones: la de los Apóstoles que aseguraron haber visto muchas veces durante cuarenta días, a Jesús resucitado, y la de los soldados romanos que, estando dormidos, vieron cómo los cristianos les robaban el cuerpo de Jesús.

La resurrección es un hecho que debe ser probado como los demás hechos históricos: *por el testimonio*. Es necesario, por consiguiente, establecer: 1º, que Jesús estaba realmente muerto cuando fue colocado en el sepulcro; 2º, que después se mostró realmente vivo.

1º, Jesucristo estaba realmente muerto.

1º, San Juan, testigo ocular, lo afirma.

2º, Los prolongados y atroces tormentos sufridos por el Salvador antes de ser crucificado, y la crucifixión, no podían menos de hacerle morir.

3º, Los soldados no le rompieron las piernas como a los otros condenados, porque ya estaba muerto.

4º, La lanzada que le atravesó el corazón hubiera sido suficiente para quitarle el último aliento de vida.

5º, Pilatos no concede a José de Arimatea el cuerpo de Jesús, sino después de la comprobación oficial de su muerte.

6º, Por último, el odio de los judíos contra Jesús nos ofrece una garantía cierta de que ellos debieron comprobar que Jesús estaba bien muerto, cuando cerraron y sellaron el sepulcro.

2º, Jesucristo después se mostró vivo.

1º, A María Magdalena.

2º, A las santas mujeres que regresaban del sepulcro.

3º, A Santiago y a San Pedro, Príncipe de los apóstoles.

4º, A los dos discípulos de Emaus, el día de Pascua.

5º, La noche del mismo día, a los Apóstoles reunidos en el Cenáculo, en ausencia de Tomás.

6º, Ocho días mas tarde, a los mismos Apóstoles, reunidos todos en el Cenáculo con Santo Tomás.

7º, A varios apóstoles junto al lago de Genesaret.

8º, En Galilea a más de quinientas personas reunidas.

9º, A los Apóstoles reunidos en Jerusalén con muchos discípulos. Con ellos sube al monte de los Olivos, de donde se eleva al cielo en presencia de ciento veinte testigos.

10º, Finalmente se aparece a Saulo en el camino de Damasco, y este ardiente perseguidor de la Iglesia se convierte en San Pablo, el Apóstol de las naciones.

1º Los Apóstoles y numerosos testigos vieron a Jesús vivo después de su muerte.

Dice Hillaire: “Un hecho es absolutamente cierto cuando es afirmado por numerosos testigos, que a) no han podido engañarse; b) no han querido engañar, y c) no hubieran podido hacerlo. Tal es el hecho de la resurrección de Jesucristo.

a) *Los Apóstoles no pudieron engañarse.* Jesucristo se mostró, no una vez, sino muchas, y durante un periodo de cuarenta días.

– Se mostró a muchas personas: a sus once apóstoles, a los discípulos y a más de quinientos fieles.

– Se mostró en pleno día, y en circunstancias muy diversas; en un huerto, en una calle, en el Cenáculo, a orillas de un lago, sobre los montes Tabor y de los Olivos. Admitir que en tales circunstancias todos los testigos de la resurrección se hayan engañado, sería admitir un fenómeno de ilusión imposible.

– Finalmente, Jesucristo se mostró no a gentes crédulas, sino a gente *desconfiada y tarda en creer...* la cual califica de *sueño* la narración de las santas mujeres... Santos Tomás no quiere aceptar ni el testimonio de sus compañeros, los demás após-

toles: quiere ver con sus ojos y tocar con sus manos las llagas de Jesús...

— ¿Cómo, pues, suponer error, ilusión, en testigos numerosos, de diferentes caracteres, y que se aseguraron del hecho con la triple evidencia de los ojos, de los oídos y de las manos?...

b) *Los Apóstoles no quisieron engañar*. No tenían ningún interés en ello. Lo único que podían esperar de su mentira eran terribles desdichas: *de parte de Dios*, castigador del crimen, los rigurosos castigos reservados por su justicia a la impostura; *de parte de los judíos*, asesinos de Jesús, una muerte inevitable y cruel.

Además, estaban *seguros de fracasar* en su empresa. ¿Cómo hacer creer a sus contemporáneos un hecho tan extraordinario como la *resurrección de un muerto*, crucificado públicamente por orden de la autoridad religiosa y civil? Acometer tal empresa contra su interés personal era evidentemente una locura. Y sin embargo, los apóstoles dieron gustosos su vida en confirmación de la resurrección de Cristo.

c) *Los Apóstoles no pudieron engañar*. Para engañar era necesario, en primer lugar, secuestrar el cuerpo de Jesucristo. Pero para ésto se necesitaba también sorprender a los guardas, violentarlos o corromperlos: tres cosas absolutamente imposibles para la timidez y pobreza de los apóstoles.

Y después, robar un cadáver no es resucitarlo. Estamos siempre en presencia de este hecho milagroso: *el Cristo muerto volvió a ser vivo*. Los quinientos testigos que le vieron no podían ponerse de acuerdo para afirmar una mentira, estando como estaban diseminados por la Judea y Galilea. Si Jesucristo no hubiera resucitado, hubiera sido imposible a los apóstoles convencer a los judíos y a los gentiles de que ellos le habían visto vivo.

2º Testimonio de los enemigos de Jesús.

Los miembros del sanedrín estaban convencidos de la resurrección de Cristo. Para negarla acudieron a la corrupción y

a la mentira. Dieron a los guardias una suma de dinero para que hicieran correr la voz de que, estando ellos dormidos, los discípulos de Jesús robaron el cadáver del Maestro. Pero si ellos no hubieran creído en la resurrección de Cristo, su deber, como su propio interés, estaba en castigar a los soldados por haber faltado a la disciplina militar, y en perseguir a los apóstoles por haber roto los sellos de la autoridad. ¿Por qué no inician ellos un sumario para establecer las responsabilidades y buscar el cuerpo desaparecido?...

Puesto que los miembros del sanedrín se contentan con corromper a los soldados y tratan de echar tierra al asunto, a precio de oro, como lo hacen siempre, es una prueba patente de que no pueden negar la resurrección de Jesucristo.

3º Milagros obrados en nombre de Jesús resucitado.

Los apóstoles obraron milagros en nombre de Jesús resucitado; luego ellos decían la verdad, porque Dios no puede hacer milagros para confirmar el error o la impostura. Por eso un gran número de judíos, heridos por el brillo de estos milagros, se convirtieron a la predicación de los apóstoles y adoraron como a Dios a Aquel que habían poco antes crucificado. El día de Pentecostés, San Pedro predica a *Jesús crucificado y resucitado*, y *tres mil judíos* abrazan la religión de Jesucristo.

San Pedro sanó repentinamente en la puerta del templo a un cojo conocido en toda Jerusalén; predica por segunda vez, y *cinco mil judíos* se convierten y creen en Jesús resucitado, Salvador de Israel.

4º Si Jesucristo no hubiera resucitado, todo hubiera acabado en nada, según el razonamiento de Gamaliel.

Gamaliel era entre los judíos, un importante doctor de la ley. Cuando los judíos estaban confundidos viendo los milagros que hacían los apóstoles en el nombre de Jesús resucitado, y cuando no sabían qué hacer con ellos, porque el pueblo estaba a

su favor y ellos seguían haciendo milagros, estando reunió el sanedrín y teniendo delante a los apóstoles Pedro y Juan a los que amenazaban y estaban pensando matarlos, Gamaliel mandó que sacaran fuera a los apóstoles, y, puesto en pie, les dijo: *“Varones israelitas, considerad bien lo que vais a hacer con estos hombres. Sabéis que poco ha se levantó un tal Teodas, que se tenía por persona de mucha importancia, al cual se asociaron cerca de cuatrocientos hombres; fue muerto él y todos los que le seguían se dispersaron y redujeron a nada. Después de éste alzó bandera Judas Galileo en tiempo de empadronamiento, y arrastró tras de sí al pueblo: éste pereció del mismo modo y todos sus secuaces quedaron dispersados. Ahora, pues, yo os aconsejo que no os metáis con estos hombres, porque si esta idea u obra es de hombres, se desvanecerá. Pero si es cosa de Dios, no podréis destruirla, y os expondríais a ir contra Dios”* (Hech 5,34-39).

El razonamiento de Gamaliel, era el más lógico del mundo. Muerto el Líder, Aquel que les había prometido la gloria y la felicidad en la otra vida, si renunciaban a las comodidades de este mundo; viendo que todo era mentira, porque El no había resucitado cómo les había prometido que haría al tercer día... ¿Quién iba a ser tan tonto, que a sabiendas de que les había engañado como a niños, iban a seguir ellos adelante con la misma impostura?

“Hasta el mismo Strauss, uno de los mayores enemigos del cristianismo, ha dicho que los apóstoles nunca hubieran fundado la Iglesia, si no hubieran estado persuadidos de la resurrección de Cristo. Y -añade Fillión- nosotros podemos completar este pensamiento diciendo que nunca hubieran llegado a esta persuasión, si no tuvieran pruebas irrefragables de este grandioso prodigio”.

Por eso dice Hillaire: “Pero ¿se puede concebir que los apóstoles predicaran la doctrina de Jesucristo, si Este no hubiera resucitado y no pudiera nada en su favor? ¿Qué utilidad les podía reportar semejante predicación? Y ¿por qué motivos, judíos y gentiles, se habrían sometido a adorar a un hombre muerto? ¿Por qué convertirse a una religión tan austera y difícil? A no ser por la resurrección de Jesucristo, estos hechos queda-

rían sin explicación. Lo que los explica es que Jesucristo está vivo. El se resucitó a Sí mismo; luego es Dios" (*La Religión Demostrada*).

Este es el mismo razonamiento de San Pablo: Si Cristo no resucitó, no resucitaremos nadie, y si no hay resurrección, ¿de qué sirve la religión? ¿Qué ganamos con nuestras austeridades? ¡Nada! Si Cristo no ha resucitado, *¡somos los más miserables de todos los hombres!* (1 Cor 15,19).

Pero Pablo como los demás apóstoles lucharon y trabajaron proclamando el Evangelio y la resurrección, por ella sufrieron con gusto la cárcel, el destierro y al final la muerte. Esto prueba su plena seguridad en la resurrección.

¿Qué significa "El Hijo del Hombre"?

Esta expresión significa ser *humano, nacido del hombre*. Era la expresión que Jesucristo usó más veces para denominarse a Sí mismo.

Jesucristo, siendo verdadero Dios desde toda la eternidad, *"Cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la Ley, para redimir a todos los que estábamos bajo la Ley, y a fin de que por El recibiésemos la adopción de hijos"* (Gal 4,4-5).

Con la venida de Jesucristo, *naciendo de mujer*, se cumplía la promesa de Dios en el Paraíso: *"Dijo Dios a la serpiente: Pondré enemistades entre tí y la mujer, entre tu linaje y su linaje, y Este te aplastará la cabeza"* (Gen 3,14-15).

El vencedor del demonio, tenía que ser hijo de una mujer -dice San Ireneo-, y, por tanto, "hijo del hombre", ya que la mujer procede del hombre (Gen 2,22).

Y la promesa de Dios se cumplió el día que el ángel se presenta ante la Virgen y le dice: *"He aquí que vas a concebir en tu seno, y darás a luz un Hijo, y le pondrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado Hijo del Altísimo... Entonces María dijo al ángel: "¿Cómo podrá ser eso, pues yo no conozco varón? El*

ángel le respondió: “El Espíritu Santo vendrá sobre tí y la virtud del Altísimo te cubrirá; por eso el Santo que nacerá de tí, será llamado Hijo de Dios” (Lc 1,32-35).

Y así fue como se hizo hombre el Hijo de Dios. Este es un misterio que los judíos no podían comprender cuando Jesús les preguntó: “¿Qué os parece del Cristo? ¿De quién es hijo? Le contestaron: “De David”. Replica Jesús: “¿Pues cómo entonces, David en espíritu le llama su Señor, cuando dice: El Señor dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por peana de tus pies?” Pues si David lo llama su Señor, ¿cómo es hijo suyo?” A lo cual nadie supo responderle, ni hubo quién desde aquel día se atreviese a hacerle más preguntas (Mt 22, 42-46).

Dice un autor: “A fuerza de sinceros, reconocemos que la Biblia da pie al “indocto y poco sensato”, según la expresión de San Pedro (2^a,3,16) a interpretar equivocadamente algunas de sus frases.

En lo tocante al tema presente, ello es debido al hecho de que, siendo Jesucristo *verdadero Dios y verdadero hombre*, unas veces se habla de El como de Dios, y otras se habla de El como Hombre; y en estos últimos casos, naturalmente la Biblia le coloca en categoría inferior a la divinidad, y, en un pasaje, hasta, incluso, inferior a los ángeles (Heb 2,9).

La naturaleza humana es inferior a la angélica, y Jesucristo no se hizo ángel sino hombre, porque vino a salvar y redimir a los hombres. Y así nos dice el Apóstol: “Cristo Jesús, el cual, siendo su naturaleza la de Dios, no miró como botín el ser igual a Dios, sino que se despojó a Sí mismo, tomando la forma de siervo, hecho semejante a los hombres” (Fil 2,6-7). En todo semejante a nosotros, menos en el pecado (Heb 4,15).

Jesucristo nos demostró su infinito amor rebajándose de su categoría de Dios hasta hacerse hombre como nosotros y ofrecerse a morir en la cruz por nosotros. Y este hecho es tan insólito, y resulta tan increíble, que era la mayor dificultad que tenían los Apóstoles al explicar a judíos y gentiles las verdades de la fe cristiana. Por lo cual, decía San Pablo: Predicamos a Cristo he-

cho hombre y crucificado, lo cual, escandaliza a los judíos, y a los gentiles les parece una locura (1 Cor 1,23).

Por eso Jesucristo insistió tanto en llamarse “*el Hijo del hombre*” y lo repitió tantas veces, porque sabía que era una de las verdades más difíciles de creer y comprender, como se vio, que, ya en tiempo de los mismos apóstoles, muchos decían que el cuerpo de Jesucristo no había sido real, sino aparente, como el del arcángel San Rafael cuando acompañó a Tobías, que, siendo un espíritu, se le apareció como un hombre normal.

Por eso decía San Juan: “*Se han descubierto en el mundo muchos impostores, que niegan que Jesucristo ha venido en carne. Negar ésto es ser impostor y anticristo*” (2 Jn 7).

En ésto podéis conocer el espíritu que viene de Dios. Todo el que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; mas todo el que lo niega, no es de Dios, sino que es un anticristo (1 Jn 4,1-2).

Jesucristo es a la vez verdadero Dios y verdadero hombre. Siendo uno solo, tiene a la vez dos naturalezas: la naturaleza divina de Dios, con la que es igual al Padre, y la naturaleza humana, con la cual es exactamente igual que nosotros.

Mientras estuvo en este mundo, Jesucristo oculto la naturaleza de Dios, y vivía como un hombre normal. Cuando hablaba de Dios Padre, casi siempre hablaba desde su postura humana, y por eso decía que el Padre era mayor que el, y que El hacía lo que le mandaba el Padre. Por este motivo, muchos se confunden y creen que el Hijo es inferior al Padre. Pero la verdad es que solamente es inferior desde su postura de hombre, pero como Dios que es, es igual al Padre.

Convenía aclarar ésto, porque los testigo de Jehová, toman de pie de estos pasajes en los que se presenta inferior al Padre, niegan la naturaleza divina de Cristo y dicen que no es más que un hombre, hijo de Dios, pero nada más que hombre. Creen entender la Biblia mejor que nadie, y no la entienden. Incluso la arreglan a su manera, para que diga lo que ellos creen que debe decir, cuando piensan que es imposible que diga lo que dice.

Por ejemplo, cuando Jesucristo instituyó la Eucaristía, dijo: “*Esto es mi cuerpo... Esta es mi Sangre...*”, y como ellos piensan que eso no puede decir, porque no creen en la Eucaristía, traducen: “*Esto significa mi cuerpo... Esto representa mi sangre...*” ¿Veis cómo arreglan la Biblia para hacer decir lo que ellos quieren que diga?

¿Creían los primeros cristianos que Jesucristo es Dios?

Los testigos de Jehová que, por considerar imposible el misterio de la Santísima Trinidad niegan que Jesucristo es Dios, para demostrarlo cambian muchas palabras de la Biblia y de los Santos Padres, afirmando que hasta el siglo IV los Santos Padres y los primeros cristianos no creían que Jesucristo fuera Dios. Por este motivo vamos a citar algunos textos de los primeros cristianos que nos demuestran que Jesucristo es Dios. Y vamos a empezar citando algunos textos de paganos, contrarios a los cristianos, que los acusaban de tener a Jesucristo por Dios. Veamos:

Poncio Pilato. Dice San Eusebio en la Historia Eclesiástica: “Poncio Pilato dio parte al emperador Tiberio de todo lo que corría de boca en boca por toda Palestina referente a la resurrección de nuestro Señor Jesucristo de entre los muertos. Lo enteró también de sus otros milagros, y de que el pueblo creía que era Dios; por lo cual no tramó nada contra la doctrina de Cristo, e, incluso, amenazó de muerte a los acusadores de los cristianos” (H.E.2,1-2).

Plinio el Joven. Gobernador de Bitinia y del Ponto, en el año 112, escribe una carta al emperador Trajano para saber a qué debía atenerse en el modo de tratar a los cristianos, los cuales, dice que “se reunían para cantar himnos a Cristo, como si fuese un Dios” (Cartas X, 97).

Luciano de Samosata. Profesor itinerante y retórico (120-180), escribió sobre la muerte de Peregrino el filósofo, que se convirtió al cristianismo, “cuyo primer legislador fue un tal Jesús que murió crucificado, al que sus seguidores adoraban como a

un Dios y, entre ellos, se amaban como hermanos” (*De morte Peregrini 11*).

El pagano Celso. Este escritor anticristiano acumula argumentos para probar a los cristianos que son locos al adorar a un hombre (Jesucristo) como Dios (Cf. Orig. *Contra Celso*).

Este es el testimonio de los paganos; ahora vamos a ver lo que decían los Santos Padres y los cristianos de los primeros siglos de la Iglesia.

San Clemente Romano, papa (s. I). “Hermanos, así debemos sentir sobre Jesucristo, como Dios que es, como juez de vivos y muertos” (2 Cor 1,1).

“Pero sabed que no basta llamarle Dios: es necesario formar de El sentimientos dignos de Dios, dignos del Juez de vivos y muertos” (Epist 2,1).

“El Señor Jesucristo es el centro de la majestad de Dios; no vino con aparato de arrogancia ni desdén, aun pudiendo, sino adoptando un talante de humildad” (1 Cor 16,2).

San Ignacio de Antioquía (s. I). “Imitadores sois de Dios, bien así como quienes han cobrado la vida en la sangre de Dios” (Ef 1,1).

“Hay un médico, sin embargo, que es carnal al par que espiritual, engendrado y no engendrado, en la carne hecho Dios, Hijo de María e Hijo de Dios, primero pasible y luego impasible, Jesucristo nuestro Señor” (Ef 7,2).

“La verdad es que nuestro Dios Jesús, el Ungido, fue llevado por María en su seno conforme a la disposición de Dios... por obra del Espíritu Santo” (Ef 18,2).

“Derribada quedó la ignorancia, desde el antiguo imperio, desde el momento en que se mostró Dios hecho hombre para llevarnos a la vida perdurable y empezó a cumplirse lo que en Dios era obra consumada” (Ef 19,3).

“A la manera que el Señor nada hizo sin contar con su Padre, hecho como estaba una cosa con El...” (Mag 7,1).

“¡Alerta, pues, contra los tales! Y así será a condición de que no os engriais y os mantengáis inseparables de Jesucristo Dios”. (Rm. Introd.).

“Por voluntad de Aquel que ha querido que todas las cosas existan, según la fe y la caridad de Jesucristo nuestro Dios” (Rm. Introd.).

“Yo les deseo en Jesucristo, Dios nuestro, la mayor alegría” (Rm. Introd.).

“Jesucristo nuestro Dios, ahora que está con el Padre, es cuando más se manifiesta” (Rm 3,3).

“Permitidme ser imitador de la Pasión de mi Dios... (Rm 6,3).

“Hicisteis bien recibir como ministros que son de Cristo Dios, a Filón y Reo... (Esmir 10,1).

“Adiós, para siempre, en nuestro Dios Jesucristo” (A Polic. 8,3).

“Nuestro Dios Jesucristo, fue llevado en el seno de María” (Ef 18,2).

“Yo glorifico a Jesucristo Dios, que os ha hecho tan juiciosos”. (Esmir 1,1).

Discurso a Diogneto (s. I). “Dios... envió a Dios, como Dios y como hombre para salvarnos” (7,1-6).

“Porque, ¿quién entre los hombres supo jamás que cosa sea Dios antes que El mismo viniera?” (8,1).

“Aquel que es verdaderamente omnipotente, creador del universo, y Dios invisible, El mismo hizo bajar de los cielos su Verdad y su Palabra santa e incomprensible y la aposentó en los hombres y sólidamente la asentó en sus corazones. Y eso, no mandándoles a los hombres, como alguien pudiera imaginar, alguno de sus servidores, o un ángel, o príncipe alguno de los que gobiernan las cosas terrestres, o alguno de los que tienen encomendadas las administraciones de los cielos, sino al mismo Artífice y Creador del universo, Aquel por quien creó los cielos, por quien encerró el mar en sus propios lindes; Aquel cuyo misterio guardaban fielmente todos los elementos; de cuya mano recibió el sol las medidas que ha de guardar en sus carretras del día;... Le envió en clemencia y mansedumbre, como un Rey envió a su Hijo Rey; como a Dios nos le envió...” (7,1-6).

“Ningún hombre vio ni conoció a Dios, sino que fue el mismo quien se manifestó...” (8,5).

“En efecto, aquel Dios que es Dueño soberano y Artífice del universo, el que creó todas las cosas y las distinguió según

su orden, no sólo se mostró benigno con el hombre, sino también longánime” (8,7).

San Policarpo (s. II). “A El le adoramos como a Hijo de Dios”. (Mart 17,3).

San Justino (s. II). “Este es el Dios y Señor de las virtudes, de quien se habla en los Libros Santos; el Dios que asciende, el Dios de Abraham” (Dial.n.36 et ibid.n.37).

San Ireneo de Lyon (s. II). Jesucristo “es el Dios que se ha hecho hombre, el Señor mismo que nos ha salvado” (Cont.Her. 5,21,1).

Jesucristo “es verdadero hombre y verdadero Dios” (Haer.4.6.7). “Es verdadero Dios, porque sólo Dios puede procurar eficazmente la salvación y restablecer la unión con los hombres” (Haer.4,33,4).

“¿Cómo podrían ser salvados los hombres, si Dios no hubiera llevado a cabo en la tierra su salvación? O ¿de qué manera iría el hombre a Dios, si Dios no hubiera venido junto al hombre?”

“Si el enemigo del hombre no hubiera sido vencido por un hombre, la victoria no hubiera sido justa; por otra parte, si la salvación no nos hubiese venido de Dios, no la hubiéramos obtenido de manera segura; con todo eso, si el hombre no hubiese estado unido a Dios establemente, no hubiera podido participar de la incorruptibilidad. Era necesario, por tanto, que el Mediador entre Dios y los hombres (1 Tim 2,5), restableciese la amistad y la concordia por el camino de su parentesco con el uno y con los otros, procurando que Dios acogiese al hombre y que el hombre se sometiese a Dios” (Haer.3,18,7, SC 34, 325 s (SC 211,365,7).

San Clemente Alejandrino (s. II). “Creed ¡oh hombres! en Aquel que es Hombre y Dios; creed en Aquel que ha padecido y que es adorado como el Dios viviente (Cohort, ad Gentes, n.9 p.84).

“He aquí al Dios inmaculado bajo la figura de hombre, el Verbo de Dios, el que está en el Padre” (Ped.I,11,p.99).

Tertuliano (s. II). En Cristo “observamos una doble condición no confundida, sino unida en una sola persona, Jesús Dios y hombre”. (Adv. Praxean,27,11, CCL. 2, 1199 s.).

“Jesús es conocido en todas partes y en todas partes es adorado” (Adv. Jud.7).

Orígenes (s. III). “Jesucristo es el Dios de todas las cosas creadas” (In.Jn.T.11,n.28. Opp. t.4 p.87).

“Su divinidad excede por su grandeza al mundo entero” (Ibid. t.6. n.17, p.132).

“Jesucristo no es Dios por participación, sino por sustancia, y porque la divinidad está en El por naturaleza” (In.Sal.135,2; in Jn. t.I. n.20).

San Vidal, exclamaba: “¡Oh Señor Jesucristo, mi Salvador y mi Dios, dignaos recibir mi alma” (Apud. S. Ambrosio: De exort. cast.1).

Santa Sinforosa, mira como el más grande de los bienes ser quemada por Cristo, su Dios (Pass. S. Symph. n.2. Ibid. p. 11).

El hijo de Santa Felicitas, que afirma que todos los que no crean en Jesucristo, verdadero Dios, serán precipitados en el infierno” (Pass. S. Felicitas n.3 Ibid p. 35).

San Melitón, decía: “La bajeza de la carne ha ocultado las huellas de su divinidad, aunque El existiese como Dios verdadero antes de todos los siglos” (Ser.cont. docet., in Spicileg. Solesm., t.2, p. 61).

¿Quién no ve aquí que los Santos Padres de los siglos I, II y III y los primeros cristianos, lo mismo que los de los siglos posteriores creían en la divinidad de Jesucristo? ¿De dónde sacan los testigos de Jehová que San Ireneo, San Clemente Alejandrino y Tertuliano no creyeron que Jesucristo era Dios? ¿Acaso no dejaron en sus escritos bien claro lo que pensaban? ¡Hay que aprender a hablar claro!

Testimonios acerca de Jesucristo.

1) Los Apóstoles dijeron de Jesucristo

San Pedro: *Es nuestro Dios y Salvador Jesucristo* (2 Ped 1,1).

San Juan: *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios* (Jn 1,1).

Por el fueron hechas todas la cosas y sin El no se ha hecho nada de cuanto existe (Jn 1,3).

A Dios nadie le ha visto Jamás; el Dios Hijo único que está en el seno de Padre, ése le ha dado a conocer (Jn 1,18).

El Hijo de Dios ha venido y nos ha dado inteligencia para que conozcamos al Verdadero, y estamos en el Verdadero, en su Hijo Jesucristo que es el verdadero Dios (1 Jn 5,20).

San Pablo: *El es el gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo (Tit 2,13).*

Es Dios nuestro Salvador (Tit 2,10).

Tened en vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, el cual, teniendo la misma naturaleza de Dios, no consideró como un botín el ser igual a Dios, sino que se anonadó a Sí mismo, tomando forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres, y así, por su aspecto, apareció como hombre... (Fil 2,5-7).

En El habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad (Col 2,9).

2) ¿Qué dijeron los primeros cristianos?

San Clemente Romano, papa (s. I): “Hermanos, así debemos sentir sobre Jesucristo, como Dios que es, como juez de vivos y muertos” (2 Cor 1,1).

“Pero sabed que no basta llamarle Dios: es necesario formar de El sentimientos dignos de Dios, dignos del juez de vivos y muertos” (Epist 2,1).

San Ignacio de Antioquía (s. I): “Jesucristo nuestro Dios, fue llevado en el seno de María” (Ef 18,2).

“Jesucristo nuestro Dios, ahora que está con el Padre, es cuando más se manifiesta” (Rm 3,3).

“Dios se mostró hecho hombre para llevarnos a la vida perdurable” (Ef 19,3).

San Policarpo (s. II): “A El le adoramos como a Hijo de Dios” (Mart 17,3).

San Justino (s. II): “Este es el Dios y Señor de las virtudes del que nos hablan los Libros Santos” (Dial 36).

San Ireneo (s. II): “Jesucristo es el Dios que se ha hecho hombre, el Señor mismo que nos ha salvado” (Haer 5,21,1).

“Jesucristo es verdadero hombre y verdadero Dios” (Haer 4,6,7).

San Clemente Alejandrino (s. II): “Creed ¡oh hombres! en Aquel que es hombre y Dios; creed en Aquel que ha padecido y que es adorado como el Dios viviente” (Cohort ad Gentes, n.9 p.84).

“He aquí al Dios inmaculado bajo la figura de hombre, el Verbo de Dios, el que está en el Padre” (Ped I,11.p.99).

3) ¿Qué dijeron de El sus enemigos los judíos?

Jamás persona alguna ha hablado como este hombre (Jn 7,46)

¿De dónde le viene a éste esa sabiduría y los milagros? ¿No es éste el hijo del carpintero?... (Mt 13,54-55).

¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos milagros, si le dejamos así, todos creerán en El (Jn 11,47-48).

Nosotros tenemos una Ley, y según esa Ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios (Jn 19,7).

4) Y Jesucristo ¿qué ha dicho de sí mismo?

Yo soy el camino, la verdad y la vida (Jn 14,6).

Yo soy la resurrección y la vida (Jn 11,25).

Yo y el Padre somos una misma cosa (Jn 10,30).

El que me ve a Mí, ve también al Padre (Jn 14,9).

Porque el Padre está en Mí y Yo en el Padre (Jn 10,38).

Todo lo que es del Padre es mío (Jn 16,15).

Como el Padre tiene la vida en sí mismo, así dio al Hijo el tener la vida en sí mismo (Jn 5,26).

Todo lo que hace el Padre, el Hijo lo hace igualmente (Jn 5,19).

Así como el padre resucita los muertos y les devuelve la vida, así también el Hijo devuelve la vida al que quiere (Jn 5,21).

Así como el Padre tiene la vida en sí mismo, ha dado también al Hijo el tener la vida en sí mismo (Jn 5,26).

Así como el Padre me conoce, Yo conozco al Padre (Jn 10,15).

Nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni nadie conoce bien al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo (Mt 11,27).

A mí se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra (Mt 28,18).

El Padre no juzga a nadie, porque ha dado al Hijo todo el poder de juzgar, para que todos glorifiquen al Hijo como glorifican al Padre (Jn 5,22-23).

5) ¿Quién era Jesús según los racionalistas y teólogos liberales?

Para los teólogos racionalistas y liberales Jesús era todo lo más grande que se pueda decir o pensar de un puro hombre: el más sabio, el más santo, el más honrado, el más divino. Como hombre era adorable; pero sólo como hombre, porque ninguno de ellos puede pensar o sospechar y ni siquiera imaginarlo como Dios. A Jesús como hombre se lo conceden todo; nunca hubo ni volverá a haber en el mundo otro como él. Jesucristo fue el hombre perfecto y nadie enseñó como él, ni obró como él. Jesucristo fue el hombre perfecto y enseñó la más perfecta moral y el ideal más sublime que nadie jamás había soñado. Todo eso sí, pero Dios no. Ni fue Hijo de Dios, ni hizo milagros, porque para ellos, todo eso es imposible, y lo que es imposible no existe. Por eso Jesús puede ser un hombre mil veces superior a cualquiera otro hombre. Eso sí puede ser, pero que sea Dios, no.

Pero Jesucristo dijo que El era igual que el Padre, que teníamos que honrarle a El igual que al Padre, que El tenía absoluto poder en el cielo y en la tierra, que sería El quien habría de juzgar al mundo, que todo lo que es del Padre, es también suyo, y, en fin, que el Padre y El son la misma cosa.

Eso lo dijo Jesús: lo dijo y lo recalco muchas veces, y lo expresó con toda claridad como podemos verlo en los Evangelios. Y si lo dijo, lo dijo porque era verdad, o porque él creía que era verdad, o ¿lo diría para engañarnos?

Si lo dijo, como vemos que lo dijo, tenemos que creer que era verdad, y también los teólogos racionalistas y liberales tienen que verse obligados a creer que era verdad, porque si no le creemos, estamos proclamando dos cosas: o que Jesús estaba equivocado y nos engañó sin querer, porque El personalmente